

Existen junto a las más a menos cultivadas posesiones de los hermanos Blanquirrojos un límite de huertos.

Todos alimentados por la misma tierra ubérrima, calentados por el buen sol fecundo y refrescados con la generosa agua de los cielos.

Crecen en ellos los árboles, florecen los arbustos, perfuman los frescos vegetales y mientras los vecinos trabajan en su obra, los Blanquirrojos, contemplándolos y admirándolos, se olvidan de ayudar a los pocos que, tenaces, se inclinan sobre la buena tierra propia, que también a ellos les pertenece.

La mayoría se conforma con observar los árboles vecinos, con loar su sombra dulce, sus frutos jugosos, sus maderas nobles y con admirarlas.

Es más, sólo se hacen lenguas de aquello que no les pertenece llegando hasta olvidar y desdeñar sus rosales, sus viñas, sus árboles.

Y sucede que hasta hay quien quiere ir a ayudar en los ajenos huertos.

Llega la hora en que los vecinos hacen su cosecha, su vendimia, tallan sus árboles y cantan alegres el himno del trabajo fecundo, exaltan los tesoros descubiertos, creados con sus manos.

Y los Blanquirrojos — que se pueden llamar de cualquier otra manera — sin cuidar de lo suyo abren la boca, admiran, y un día de estos alojarse en su alma la envidia verde, color del veneno, única pasión que equilibre todo lo

LOS ARBOLES DEL VECINO

que les falta. —

Y si pese a su descuido han crecido algunos bellos árboles y algunos capitosos rosales, ellos, — será miopía? — no los ven por mirar a las casas ajenas.

*
**

Roberto Brenés Mesén, joven e ilustrado escritor centroamericano, exalta algunas de las altas cualidades de los sudamericanos: la amplitud del criterio, la capacidad administrativa tan noble que pasa por sobre las fronteras y da idea de una comprensión y un elevado sentimiento de justicia.

Esta cualidad es desconocida en general a los europeos, quienes se cierran a cal y canto en sus murallas chauvinistas, encendiendo la lámpara de su culto sólo ante los iconos nacionales, llevando su exclusivismo hasta ignorar la geografía fuera de sus propios dominios.

Noble, generosa sensibilidad la de los hombres de América, que los capacita para comprender y sentir a Dante o a Shakespeare, a Grieg o a Wagner o a Beethoven o a Cervantes, a Platón o a Esquilo, etc.

Pero este atributo superior degenera en ridícula manía cuando en contraposición a la desaparición de las fronteras exteriores se crean las vallas interiores que alejan paradójicamente las cosas de casa.

Nunca es exagerada nuestra admiración para la inteligencia, para el genio, — que para nosotros no tiene pa-

Para ALBATROS

P O R
Montiel Ballesteros

tria, — pero no gastemos todo nuestro entusiasmo hasta el punto de que no nos reste nada para sentir y comprender la obra del hombre que nace en nuestra misma tierra.

Si existe algún admisible sentimiento patriótico, este sería el que nos enorgulleciera de las superiores cualidades de nuestra inteligencia y nuestro espíritu, el que nos dejara satisfechos de las obras que nacen de lo más selecto que posee el ser humano, esto es, el alma.

Entre nosotros se cultivan todos los más inferiores sentimientos patrióticos dejando en el más bochornoso olvido aquello que nos podría distinguir en el concierto de los pueblos cultos.

Es evidente que la personalidad se adquiere por el desarrollo de los atributos espirituales, y si bien es cierto que existe un renombre pasajero y esporádico flotando entre los puños del boxeador de moda o del nadador que atraviesa la Mancha, esas hazañas insignificantes desde el punto de vista de lo trascendental no podrán jamás codearse con la más modesta obra de la mente.

No llegaremos a un sistemático denigrar de todo lo que no sea irradiación de la inteligencia, pues bien sabemos que es salud el cultivo del músculo y es belleza la armonía de la línea del cuerpo vigoroso, como es también belleza el desapercibido esfuerzo del proletario del campo, del taller, de la mina.

Débase aunar lo uno y lo otro y al generar en el pueblo el amor a los ejercicios físicos, — sin que éste degenerare en rivalidades de barrio o de frontera — demos lugar al culto de las otras más finas y más elevadas manifestaciones de las actividades del ser humano.

De este maridaje entre lo intelectual y lo físico nacerá el pueblo arquetipo, la raza fuerte e inteligente que, sin pensar en las ventajas y diferencias favorables

que tendría sobre los otros pueblos, podrá vivir una existencia más integral, participando del goce natural de la salud que es alegría y del placer refinado y sutil de la comprensión de lo bello.

Los que, favorecidos por la Naturaleza, somos capaces de suscitar la admiración por la obra de Arte, creándola, explicándola, sugiriéndola, tenemos el deber de reclamar la atención sobre nuestra empresa. Y no concibo misión más altamente patriótica que depurar y perfeccionar los intelectos y las almas.

Pueblos jóvenes y sin arraigadas tradiciones, estamos en tren de elegir malos caminos y el peor sería ese caos negativo de entrarnos por todos y no encontrarnos por ninguno.

No hay mayor responsabilidad que la de escribir la palabra nueva en la página virgen, pero junto a esa ardua y laboriosa tarea existe la preocupación de defender nuestra fatiga, que no debe ser gastada en vano.

Nuestra tierra delimitada geográficamente, necesita límites políticos sobre los cuales no es del caso detenerse y fronteras espirituales que serían las únicas admisibles y las que, delineándonos un alma, nos darían una personalidad.

Esa capacidad comprensiva, esa catolicidad mental que dice Brenés Mesén, conspira contra nuestra individualidad nacional, y, si amando lo nuestro como lo de fuera consiguiéramos vigorizarla y darle una consistencia original, amando sólo lo exterior, sin preocuparnos de lo nuestro, como en general sucede actualmente, terminaremos por decorar magníficamente un edificio vacío.

Nuestra prensa que aduce como razones de difusión de cultura ese diluvio de reproducciones extranjeras con que diariamente nos sofoca, contribuye a que el público se desinterese de la obra nacional y haga de sus lecturas un mo-

saico incoherente que se terminará por reflejarse es su alma.

Esa prensa no propende al desarrollo de nuestras letras, de nuestro Arte, y su misión, desde el punto de vista del cual parto, y que yo creo razonable, sería propender a la creación de nuestra alma.

La conciencia de nuestro valer es un sentimiento de dignidad humana; debemos sentirla y poner la misma, no, aun superior pasión, en hacerla reconocer en lo que respecta al Arte, poner más intensa pasionalidad que esa con la cual

nos exaltamos y prorrumpimos en gritos cuando el Club X de football triunfó sobre los vecinos en un partido internacional.

Inclinémonos sobre nuestra tierra; los que no son capaces de obra, que ayuden y estimulen a los obreros que expanden su esfuerzo para la gloria común; hagamos crecer nuestros árboles para aprovechar sus frutos, sus maderas, sus flores, que la sombra de los árboles del vecino están realmente resultando la sombra de la arnera legendaria.

M O N T E V I D E O, 1 9 2 8

